

OCTAVIO SALAZAR

**EL HOMBRE
QUE ~~NO~~
DEBERÍAMOS
SER**

**LA REVOLUCIÓN MASCULINA QUE TANTAS
MUJERES LLEVAN SIGLOS ESPERANDO**

OCTAVIO SALAZAR

**EL HOMBRE
QUE ~~NO~~
DEBERÍAMOS
SER**

**LA REVOLUCIÓN MASCULINA
QUE TANTAS MUJERES
LLEVAN SIGLOS ESPERANDO**

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Octavio Salazar Benítez, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2018

Depósito legal: B. 26.606-2017

ISBN: 978-84-08-18060-9

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Rodesa

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

El hombre ante el espejo	11
El hombre ¿nuevo?	17
El hombre poderoso	23
El hombre ausente	33
El hombre violento	39
El hombre dominante	47
El hombre depredador	53
El hombre precario	61
El hombre esclavo	67
El hombre invulnerable	75
El hombre por llegar: diez claves para la revolución masculina	83

EL HOMBRE ANTE EL ESPEJO

Estoy seguro de que tú, lector o lectora, si has tenido la suerte de que tu padre se convierta en abuelo, habrás podido vivir una experiencia similar a la mía. Cuando nació mi hijo, pude comprobar cómo mi padre, que hasta entonces había respondido fielmente al modelo hegemónico de sujeto proveedor y detentador del orden y la autoridad familiar, empezó a dejarse llevar, como nunca antes, por las emociones. Dejó de esconderse tras las múltiples máscaras con las que durante toda su vida había forjado su identidad masculina y se mostró como un ser incluso frágil, igual de necesitado del cariño que él daba a un nieto con el que ya no tenía la responsabilidad de darle ejemplo. Fue entonces cuando comprendí en toda su dimensión la frase que hace años escuché en una película japonesa cuyo título ahora no recuerdo. En ella se decía que este mundo sería mucho mejor si los hombres, antes de ser padres, fuéramos abuelos.

El enorme calado no solo ético sino incluso político que encierra esa frase nos llama la atención sobre la que es una de las revoluciones pendientes en pleno siglo XXI: la que deberíamos protagonizar los hombres, pero no, como ha sido habitual a lo largo de la historia, en cuanto héroes conquistadores, sino en cuanto sujetos necesitados de revisar nuestra manera de «hacernos» y, con ella, las estructuras de un mundo que sigue organizándose a partir de unas relaciones asimétricas entre mujeres y hombres.

Porque, aunque nuestras compañeras hayan ido superando desde el siglo pasado un gran número de los obstáculos que la historia les colocó en el camino, los datos objetivos de la realidad nos demuestran que aún seguimos estando lejos de la igualdad real. Es evidente que tú, lectora, has alcanzado un lugar en el mundo que poco o nada tiene que ver con el de las mujeres que te precedieron en tu familia. Seguramente tú, lector, alguna vez te hayas preguntado por qué tu madre, o tu abuela, o alguna de tus tías, no tuvieron las mismas oportunidades que los varones de los que descendes. Son evidentes los avances que este país ha experimentado en relativamente poco tiempo, sobre todo si tenemos presente la sociedad tan machista de la que veníamos. Basta con pensar, por ejemplo, que en España las mujeres no pudieron acceder a la universidad hasta 1910, o que, hasta que murió Franco, las normas de nuestro Derecho Civil condenaban a las esposas a ser prácticamente unas esclavas.

A pesar de todas las transformaciones y conquistas, vivimos en una sociedad en la que continuamos reproduciendo roles y estereotipos, comportamientos machistas y situaciones injustas para las mujeres, sin que en muchos casos seamos conscientes. Como si se tratara de una especie de subsuelo que pisamos todos los días y desde el que recibimos en todo momento presiones, algunas sutiles y otras no tanto, para seguir respondiendo al patrón de lo que se entiende que deben ser tanto un hombre como una mujer de verdad. Es a eso a lo que nos referimos cuando usamos una categoría que se ha hecho muy popular en los últimos años y que no ha dejado de

generar polémicas por su mal entendimiento. Es decir, cuando hablamos de *género*, nos referimos a la construcción social, cultural y política que se hace de las subjetividades masculina y femenina y, por tanto, a las expectativas que cada uno de nosotros hemos de cumplir en función de que nos vistan de rosa o de azul al nacer. Algo que podíamos resumir con la famosa sentencia de Simone de Beauvoir «la mujer no nace, se hace», a la que tendríamos que sumar el equivalente masculino: los hombres también nos construimos social y culturalmente en función de lo que la sociedad entiende que significa la masculinidad. O, dicho de otra manera, los hombres también tenemos género.

Solo si tenemos en cuenta dicha perspectiva, que conlleva a su vez tener en cuenta cómo nos relacionamos hombres y mujeres, podremos entender las claves de nuestro mundo y, desde ellas, las posibilidades de avance hacia un modelo más democrático y sostenible. Un horizonte que pasa necesariamente por superar el patriarcado, así como la cultura que lo sostiene y que no es otra que el machismo. Patriarcado que nos remite a la idea del «gobierno de los padres» y que nos enfrenta a un orden social construido sobre el presupuesto de la superioridad del hombre y lo masculino, y sobre la correlativa subordinación femenina.

Y no nos engañemos: ese orden continúa reproduciéndose, tan solo ligeramente erosionado, y en los últimos años, además, alentado por unos condicionantes políticos y económicos a nivel mundial que casan perfectamente con los intereses del patriarca. Un contexto en el que, además, y ante el

progresivo avance de las mujeres, ciertos hombres están adoptando una reacción defensiva, de manera que se están atrincherando en sus discursos y comportamientos machistas. Ahora bien, y siendo justos, también es cierto que en los últimos años, algunos de nosotros —todavía pocos me temo—, hemos ido replanteándonos nuestro lugar en el mundo tras sentirnos interpelados por unas compañeras que han empezado a ocupar espacios que antes eran solo nuestros.

Por todo ello, deberíamos cuestionarnos justo en este momento tan «crítico» dónde estamos los hombres y hasta qué punto hemos ido evolucionando a la par que nuestras compañeras. Ha llegado el momento de ponernos delante del espejo y preguntarnos: ¿Existen nuevos modelos que sirvan de referente para los hombres más jóvenes o, por el contrario, los «nuevos hombres» continúan reproduciendo los esquemas de siempre? ¿Tenemos claro qué referencias son las que deberíamos eliminar para siempre de nuestro disco duro y desde qué nuevos parámetros deberíamos «reconstruirnos»? ¿Estamos simplemente adaptándonos a una nueva realidad o transformándola? Y si nos estamos limitando a adaptarnos, ¿estamos simplemente añadiendo prestigio social a nuestro estatus ya de por sí privilegiado? Todas estas preguntas deberían ir a su vez precedidas de dos principales e interconectadas: ¿Soy consciente, como hombre, de que el modelo de masculinidad al que trato de responder genera no solo tremendas injusticias para las mujeres, sino también cargas y patologías en nosotros mismos? ¿Estoy dispuesto a renunciar a mi situación privilegiada con tal de llegar a un mundo

en el que todas y todos podamos vivir de manera más plena y feliz?

Estas preguntas bien podrían ser el inicio de un viaje en el que te pido que me acompañes, querida lectora, querido lector, para que entre todas y todos podamos ir sentando las bases de un nuevo pacto de convivencia. Una tarea en la que, efectivamente, nosotros, en cuanto sujetos privilegiados del modelo que hasta ahora ha estado vigente, tenemos una singular responsabilidad. Pero tranquilo, hombre lector, no pienses que en las siguientes páginas vas a encontrar un memorial de agravios o una especie de sentencia condenatoria por todo lo malo que como mitad dominante hemos hecho a lo largo de los siglos. Se trata, por el contrario, de ir descubriendo, por supuesto, la parte de responsabilidad que tenemos en el mundo que vivimos, pero también, y muy especialmente, de qué manera podríamos darle la vuelta a un estado de cosas que continúa provocando que nuestras compañeras tengan más obstáculos que nosotros para desarrollar libremente sus proyectos de vida.

Ese viaje habrá de llevarnos a construirnos de otra manera, lo cual pasa por despojarnos del mandato de heroísmo y potencia que tradicionalmente ha caracterizado a la masculinidad dominante. Ello implicará desarrollar, descubrir incluso, capacidades y habilidades que siempre nos hemos negado, así como crear relaciones entre nosotros y con las mujeres en las que al fin hayamos logrado superar los mandatos de género. Esa transformación personal, que sin duda nos hará mejores personas y que me consta ya algunos hombres es-

tán experimentando, no nos debe en todo caso despistar de la que creo que es la clave que sigue alimentando la desigualdad entre ellas y nosotros. Una desigualdad que tiene su origen en unas estructuras de poder hechas a imagen y semejanza de los privilegios masculinos. Por ello precisamente necesitamos, por supuesto, una revolución personal, pero también, y en paralelo, una que haga saltar por los aires el orden político y cultural que constituye el patriarcado. De ahí que sea tan urgente que nosotros mismos nos interpelemos críticamente desde el lugar que ocupamos en las estructuras de poder y, desde esa tarea personal y política, pongamos las bases para un nuevo pacto entre ellas y nosotros. Por todo ello, el recorrido que te propongo, singularmente a ti, lector, empieza mirando a la política y al espacio público.

Acompáñame pues por esta ruta en la que iremos desvelando los lastres de los que deberíamos liberarnos, los viejos trajes que ya no nos sirven y, al fin, el nuevo rostro de un varón que estoy seguro que será más feliz y hará más felices a quienes le rodean.